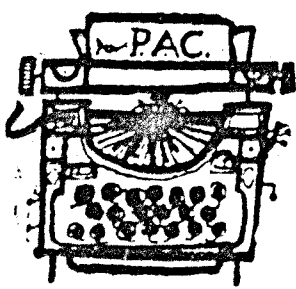


*El escritor  
y sus dos  
manos*

Un escritor venezolano me somete una encuesta con el siguiente interrogatorio:

“Usted escribe poemas y escribe editoriales ¿aborda desde un ángulo distinto de su personalidad una cosa y otra? Su trabajo editorial ¿le obliga a ser un hombre comprometido? Y si es así ¿siente usted que le daña, ese compromiso, la libertad de su poesía? ¿Tiene que sufrir un desdoblamiento para abordar, como artista, lo permanente y como periodista lo cotidiano? ¿Cómo pueden colaborar la literatura y el escritor en la liberación del hombre?”.

Publico a continuación mis respuestas por si algún valor tienen.

—El poeta y el editorialista no forman un monstruo de dos cabezas sino un hombre con dos manos. La una —diremos con Jorge de Lima— “la que escribe, la que trabaja, la que propaga la palabra... y la otra, la que silenciosa sostiene tu frente”... La mano —Marta— trabajadora. Y la mano —María— contemplativa. Pero la izquierda sabe lo que hace la derecha. Son ramas de una unidad. El artista es un hombre. El editorialista es ese mismo hombre.

Cuando comencé a escribir fue el poeta quien inició el camino. En mi juventud las circunstancias de Hispanoamérica y el dictado del tiempo —el tiempo de Sandino— presionaron mi vocación poética a buscar lo nicaragüense, a pronunciar (como un descubrimiento) lo “nacional”, a encontrar sus esencias, a definir las y defenderlas. El poeta salió en busca de su tierra y de su pueblo. Lo que encontró y lo que hizo es historia aparte y larga de contar. Pero, en ese encuentro, despertó el “otro”: el periodista, el editorialista. El pueblo que el poeta había descubierto estaba marginado, era la carne de cañón de las revoluciones, el burlado, el humillado. Y reaccionó la mano de la prosa y comenzó su obra. Se lanzó a la política. Denunció a los partidos, a la falsa democracia, maldijo la historia oficial, atacó valores establecidos; pero, influido también por su tiempo, apasionado por filosofías e idearios de moda, proclamó sus soluciones con un aire profético, intransigente y energúmeno. Creía acabar con un fanatismo y él estaba quemándose en otro... Hasta que las circunstancias, la reflexión y los traspiés le hicieron dar de bruces contra el muro. Entonces el poeta recogió al editorialista maltrecho y desengañado. Desde entonces el poeta desconfía del editorialista. Desde entonces el editorialista desconfía de sí mismo. Ya no es el hombre que ofrece soluciones sino que las busca. Desde entonces se niega a ser guía: es solamente un compañero. Desde entonces poeta y editorialista van juntos, sirven juntos. Sirven simultáneamente al dolor y a la belleza como decía Camus.

Mi trabajo editorial me compromete en una búsqueda. No creo en soluciones preestablecidas; no soy hombre de partido. Creo que cada Revolución se hace con su propia historia; que hay un ejercicio de la inventiva, de la creación en toda gran política. Sin embargo, el escritor político —obligado a ser conciencia, obligado a recordar, obligado a hablar cuando lo aparentemente político es callar— no está en un lecho de rosas. Y algo más: su compromiso está asediado por las equivocaciones. El editorialista tiene que contar con las equivocaciones y rectificar constantemente. La búsqueda de la verdad es una permanente rectificación. Por eso, confieso que le tengo terror a los hombres que no se equivocan. Son los hombres que —como Hitler— conducen a sus pueblos a las grandes hecatombes. Nuestro mundo está lleno de errores brutales exaltados como virtudes. La degradación consiste, no en cometer errores, sino en perder la conciencia de ellos y convertirlos en aciertos. Y entonces es cuando se hace más difícil la misión del escritor que quiere ser fiel a la verdad. Poco a poco se va levantando hostilidad a su alrededor. Poco a poco va quedándose aliado, únicamente, de la debilidad. Es el destino de quien se pronuncia por los humillados. La verdad siempre es humildad pero frecuentemente es humillación. Cristo no sólo lo dijo sino que lo asumió para siempre al presentarse flagelado, escupido y coronado de espinas. ECCE HOMO. Ese es el Hombre. Junto a ese hombre tiene que estar el escritor, con sus dos manos, la de la prosa y la de la poesía. ¿Daña eso la libertad de la poesía? ¿Cómo? ¿No es la libertad para ese humillado la misma que hace posible la belleza, la felicidad y el canto?

Naturalmente que —para el propio acto de escribir— he tenido que inventarme, no sin dificultad y fracasos frecuentes, un desdoblamiento. El organismo, en su alimentación, usa distinta mecánica para comer y para beber. El escritor tiene que hacer algo análogo. La prosa, las ideas, la lógica, exigen una solidez cuya mecánica expresiva es enteramente distinta y hasta opuesta de la liquidez del poema. Al editorialista hay que darle con las puertas en las narices apenas pone punto final a sus dudosas

# 4 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

consideraciones. Al poeta hay que darle todo el tiempo que pida. (El pensador es un sujeto sumamente sospechoso. El poeta lo sabe). Pero ambos —cada cual en lo suyo— tienen que colaborar en la construcción del hombre nuevo y de su tierra prometida. ¿Cómo? —El poeta siendo libre. El editorialista siendo humano.

**PABLO ANTONIO CUADRA**